

Escritor y poeta nacido en Córdoba, Argentina, en 1938. Reside en Israel desde 1983. Ha escrito varios libros de cuentos, novelas y poesía, y ha recibido más de 50 premios literarios de España, Argentina, Cuba, Ecuador y Australia. Es Doctor en Filosofía por la Universidad de Cambridge, Inglaterra, y Miembro Correspondiente en Israel de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

## José Luis Najenson

(Jerusalem, Israel)

Segundo Accésit del Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

## ENTRE DEIMOS Y FOBOS

En mayo del 68, Santiago no era París, ni Buenos Aires, ni Tlatelolco; ni siquiera se parecía a Córdoba o Rosario, iluminadas por los fuegos fatuos de la Revolución. Pero había cierta euforia en el aire, que las noticias de esas remotas ciudades exaltaban. Sobre todo en el “Pedagógico”, campus de la Universidad de Chile en el viejo barrio de Macul, que atesoraba —así decían— las mujeres más bellas del país. Los estudiantes nada querían saber de clases o exámenes parciales, y

exigían de los profesores —fuesen o no del área de humanidades— una sesión de seminario acerca de lo que estaba pasando en las calles y en los claustros universitarios, a ambos lados del charco. En aquel entonces





yo enseñaba astronomía, y estaba a años luz de todo aquel galimatías de estudiantes y obreros que se rebelaban contra el Estado, el gobierno y la cultura de sus respectivos países. Un aura romántico-guerrilleril resplandecía en los rostros de mis alumnos, otrora más interesados en las fases de las lunas de Saturno que en el Che Guevara. Me resistí un par de veces a conceder una sesión “libre” sobre “Los acontecimientos en Nanterre y la lucha de clases”, alegando que yo no era sino un humilde explorador del cielo, donde todo estaba en perfecto y maravilloso orden desde el “Big Bang”. Pero fue en vano; el mundo sublunar se había apoderado de mis alumnos, y, siendo yo un extranjero exiliado —trasmontano por añadidura— no podía negarme sin perder varios puntos en el “ranking” de preferencias. Y como la nueva moda jacobina del asambleísmo se había impuesto, no podía arriesgar mi precario cargo docente, lo único que me permitía subsistir. De modo que accedí a abandonar las novae y galaxias lejanas para referirme a la cercanía de los “acontecimientos”. Pergeñé, no obstante, un tema en el cual podría defenderme con más soltura que “la lucha de clases”, y les propuse un título alternativo para el seminario: “Astropolítica: quien domine la estratosfera, dominará el planeta”. Me refería, desde luego, a la expansión de los satélites artificiales, por parte de las potencias que entonces se disputaban el mundo; pero ellos lo entendieron como: “La invasión imperialista del cielo”, y tuvo un éxito inesperado. Tanto, que los estudiantes de otras carreras vinieron a escuchar mis clases, y la álgida discusión se prolongaba por horas, culminando en el café de enfrente de la Facultad que aún se llama “Deimos y Fobos”, en honor de las lunas de Marte. Al aumentar la audiencia también proliferaron, como era de esperar, las estudiantes encachadas —para usar el término local por buena moza o guapa— y los peligros que ello entrañaba, sobre

todo en la atmósfera íntima del café. Era sólo una cuestión de probabilidad (“tendiente a uno”) que un joven profesor soltero fuera presa del encanto de alguna de sus alumnas. Y el día en que el filósofo Marcuse dió su célebre clase magistral en la Sorbona tomada, ante miles de estudiantes y obreros envueltos en un mar de banderas rojas, sucedió lo previsible. En el grupo que se quedaba hasta el final en el café “Deimos y Fobos”, había esta vez una alumna bien encachada que nunca había venido antes, y estaba tan fascinada por las “huevadas” —otro término obvio del argot trasandino— que yo decía, que no me sacaba los ojos de encima. Dentro de lo provocativas y seductoras que son las chilenas, pudiendo confundir a un pobre forastero con su innata coquetería, la mirada fija y sonrisa perenne de la muchacha no dejaban lugar a dudas. Hasta los demás estudiantes se dieron cuenta, y luego de intercambiar unas pocas señales de entendimiento, me dejaron solo con ella, listo para caer en la trampa. Y ésta cayó de golpe, pero dejando todo el queso adentro y al ratón indemne.

— Soy penquista —me dijo— de Concepción, y he venido para dos cosas: escuchar tu clase y acostarme contigo.

Traté de parapetarme en la ironía para ocultar mi sorpresa ante una alusión tan directa:

— No sabía que mi fama había llegado tan al sur...

— No sabes cuánto. El Movimiento me envió para ello... tus teorías sobre el poder y el espacio nos interesan sobremanera.



Allí se me fue al suelo toda ilusión de haberla conquistado por mí mismo, o al menos con mi palabra, y le contesté despechado:

— Si tú eres un mero pago por mis ideas, mejor nos separamos ya, y por las buenas.

— ¡De ninguna manera! —replicó ofuscada— lo de ir a la cama contigo fue una inspiración totalmente mía y reciente, ni yo me la esperaba.

— Amor a primera vista, sin telescopio -seguí bromeando.

— Algo así... Aunque prefiero llamarlo deseo; el amor hace infeliz a la gente, sólo el sexo da placer y no pide sino lo mismo. La vida es breve.

Al decir esto, pasó como una sombra por sus ojos pardos, sin duda los más bellos con los que me había topado detrás la cordillera. Entonces, pensé que era porque habían visto demasiadas cosas: compañeros muertos o torturados, campesinos perseguidos, indios vejados; en algunas de las audaces "corridas de cerco", o las tristemente célebres quemas de aldeas mapuches. Después, mucho después, supe que también era una premonición de su prematura muerte, algunos años más tarde, en una redada militar.

— Además —aclaró para terminar con el asunto— la noción de "pago" no cuaja con nuestra ética. "Su moral y la nuestra", ya lo dijo el Gran Viejo para quien no había visas en el mundo. Luego se levantó y fue a pagar la cuenta, lo que logré impedir a duras penas.

— Por lo menos, déjame con la fantasía de que esto es una conquista — le dije, retobado aún.

— Me has conquistado de verdad —contestó tan suave y encantadoramente que tuve que creerle— sino ya me hubiera ido. Y al abrir su cartera para sacar un lápiz de labios, vi el perfil de la pistola, que llevaba cargada.

El único problema era adónde ir. Siendo un viernes a la tarde, yo no podía disponer del departamento que compartía con otros exiliados solteros, porque, según nuestra propia convención, ese día debí haber avisado un par de horas antes. Tampoco era factible trasladarse a un hotel de citas, donde había que entrar en automóvil, ya que ninguno de los dos tenía coche y un taxi nos hubiese salido el doble de la pieza, la que apenas habríamos podido costear juntando el poco dinero que ambos poseíamos. Con ostensible desparpajo, ella sugirió entonces asaltar un negocio, o una “fuente de soda”, pero yo se lo impedí recordándole la misma frase: “Su moral y la nuestra”.

— ¡Esa no es nuestra moral, sino la moral burguesa! —replicó airada—. Mas no insistió en ello, y nos sentamos a meditar bajo los árboles del parque del Pedagógico, donde pude contemplarla a gusto. Era más bien grandota, de musculosas nalgas y miembros, pero tenía unos pechos pequeños y cónicos que bailoteaban a su andar, porque no usaba corpiño, toda una audacia para la época. Sus rasgos eran finos y estilizados, y sus ojos tristes ocupaban casi todo el rostro, ya medio cubierto por la melena larga y lacia, de un tono azabache. La corta minifalda plisada no dejaba nada librado a la imaginación, sobre todo porque tampoco usaba calzones.



Allí fue donde se le ocurrió la peregrina idea:

— ¡Ya sé! Vayamos a algún lugar del mismo Pedagógico y esperemos hasta que lo cierren. Después saldremos de cualquier manera, ya sea rompiendo una ventana o forzando una puerta. Le echarán la culpa a los ladrones.

De todos modos, el campus como tal no está cercado y basta con poder escapar del sitio que elijamos. ¿Qué tal tu propia Facultad de Astronomía que está aquí cerca?

A mí no me convencía del todo el plan pues temía que nos quedásemos encerrados, y ese era un fin de semana largo; ya que lunes y martes serían días feriados por las fiestas patrias. Así se lo dije, pero ella desechó mis argumentos con una sencilla, imbatible respuesta:

— No tendrás otra oportunidad, debo partir a la madrugada.

Bordeamos cautelosamente la colina, en cuya cima se alzaba el pequeño observatorio donde los estudiantes aprendían los rudimentos de la ciencia celeste. Había allí un viejo telescopio de principios del siglo, por el que aún lanzaban sus primeras miradas estelares todos los neófitos. Alrededor del observatorio se cernían los demás edificios, como protegiéndolo. Una valla alambrada de unos tres metros de alto circundaba el complejo, y estaba herméticamente cerrada.

— Te lo previne — una involuntaria sonrisa debe haberseme escapado, porque ella contestó desafiante:

— ¡Este cerco no es obstáculo para mí, mayores he tirado abajo y peores he logrado traspasar, aun con vidrios y púas en su tope!

Y sacando una pequeña pinza de su cartera, empezó a abrir un boquete por el que luego pasamos sin tener siquiera que agacharnos. Maravillado, la seguí cuesta arriba, a campo traviesa, por donde corría como una Diana Cazadora, melena al viento. “Cazadora de hombres, vivos o muertos”, me dije jadeando como un perro, mientras a duras penas trataba de seguirle el paso.

Exploramos los edificios de la facultad, uno por uno, guiándonos con una pequeña linterna que ella también portaba en su insondable cartera. Los duros bancos de las salas de clases no se veían muy hospitalarios, y ya no sabíamos qué hacer cuando ella descubrió, como me lo temía, la entrada al observatorio.

— ¿Y esto adónde conduce?

— Al telescopio, ¿pero no pretenderás que hagamos el amor dentro del mismo, no? ¡Ahí sí que veríamos todas las estrellas!

Ignorando mi humor astronómico, insistió:

— Aparte del telescopio, ¿no hay siquiera sillones o un par de butacas cómodas? Incluso con eso nos arreglaríamos. Sólo hay que buscar la posición adecuada...

Esa simple insinuación me hizo bajar la guardia, y subimos por la escalerilla que conducía al pequeño recinto en forma de cúpula. No había más que un piso circular, corredizo, con una silla única, también cambiable,



a la que llegaba el tubo del telescopio, cuya mayor parte se hallaba fuera de la habitación. La silla no era muy grande, ni muy confortable, pero estaba forrada de cuero y rellena de gomaespuma. A ella le gustó todo, especialmente la cercanía del telescopio y la existencia de un diminuto baño, con ducha francesa, al que se entraba por una abertura disimulada en la pared, que se había construido para aliviar a los que tenían que pasarse varias horas o noches enteras siguiendo el paso de un cometa u observando eclipses. Como era una bóveda sin ventanas, herméticamente cerrada, se podía prender las luces e incluso hacer funcionar el telescopio, sin peligro de que se viese desde afuera. Cuando ya estábamos desnudos probando la relativa comodidad de la silla, ella quiso mirar a través del telescopio que estaba justo encima y cuyo aspecto exterior, en ese punto inicial, no era muy diferente al de un largo catalejo marino.

— Lo pondré en funcionamiento si me dices tu verdadero nombre, no el “nome de guerre”, sino el de pila, así te hayan o no bautizado.

— Si te lo digo no me vas a creer, son demasiadas coincidencias astronómicas —contestó riendo— ¿A que no lo adivinas?

— Con ese dato no resulta difícil, pues no será Osa, ni Hidra, ni Medusa; difícilmente sea Venus o Libra, quizá Andrómeda...

— ¡Acertaste! Y eso que es un nombre poco común, que a mí no me gusta.

— Es un nombre hermoso, su constelación está entre Pegaso y Perseo, los tres ligados por el mito.

— Lo sé, Andrómeda está atada en una roca junto al mar para ser devorada por el monstruo, y Perseo, jinete en el Pegaso, la salva, casándose luego con ella. Un romance con final feliz...

— Hay algo, sin embargo, en ese nombre, que no parece ir contigo. Andrómeda es la personificación de la debilidad femenina, que encuentra en el hombre su defensor natural.

— Esto es lo que no puedo soportar; se revela como un personaje desamparado, una víctima, y carece de otro don que el de la belleza.

— Al menos en eso se asemejan...

— Piropeador, como todos los porteños. Pero muéstramela, quiero verla.

— ¿A Andrómeda? Desde aquí es imposible porque está en el hemisferio septentrional. Buscaré alguna constelación alternativa, las Tres Marías, que, como su nombre lo indica, luce una tríada de estrellas.

Y apreté los mecanismos que permitían la observación, abrumado por la cercanía de su cuerpo. La única posición viable para poder hacer ambas cosas a la vez, era sentado en la silla; yo debajo, teniendo las manos libres para manipular —también— el aparato, y pasarlo de uno a otro par de ojos. Mientras trataba de fijar la lente, Andrómeda se entretenía jugando con otro instrumento, que soltó de inmediato cuando di un respingo al ver lo que mostraba el campo de visión.

— ¡Deimos y Fobos! —exclamé— siguen provocando sustos las muy malditas!



Alguien debió enfocar el telescopio hacia ellas.

— ¿Qué pasó? —Andrómeda parecía reluctante a dejar lo que tenía entre manos.

— ¡Cielos! ¿Qué día es hoy?

— Quince de Septiembre, por qué?

— ¡Carajo! Es la fecha en que las observan este año, por la conjunción de Marte con Venus. Pueden venir en cualquier momento.

— ¿Quiénes?

— Algunos de mis colegas, o todos juntos, incluido el Decano de la Facultad. ¡Cómo diablos no me he acordado de eso!

— Será la influencia de Andrómeda... —dijo ella suavemente, logrando tranquilizarme— Déjame verlas luego.

Y acomodándose con gran pericia, hizo de modo que no me quedara otra alternativa que seguirle el juego. Moviéndose rítmicamente de arriba a abajo y de un lado al otro, canturreaba: “¿cuál es Deimos, cuál es Fobos?”, masajeándose al mismo tiempo ambas nalgas, e imprimiéndoles un sentido de rotación que equilibraba el vaivén.

— Acerca los ojos —conseguí balbucear a duras penas— la de la izquierda es Deimos, la de la derecha es Fobos. Y continué cabalgando como un Perseo cósmico, que ha cambiado favorablemente al Pegaso por Andrómeda, cruzando todos los signos celestes hasta que estalló el mapa estelar.

— Ahora hay que dar la vuelta al revés —musitó traviesamente Andrómeda, cambiando de postura para quedar abajo, de modo que yo diese la espalda al telescopio y ella pudiera seguir contemplando las lunas.

— Parecen dos pelotas de golf... ¡Ah!, ahora se ven como un par de bochas.

— Ya no se agrandan más, este es un telescopio muy primitivo.

— ¿Por qué se llaman así?

— Deimos quiere decir miedo y Fobos terror, en griego. Su descubridor, el astrónomo norteamericano Asaph Hall, las encontró casualmente observando el planeta rojo. La primera le causó temor, la segunda horror, por lo repentino de su aparición. Pero sus nombres, tomados de la Ilíada, les fueron dados por un maestro de Eton, Henry Madan, en el siglo XIX. Por lo demás, son bastante extrañas, como todo lo que atañe a Marte. Hay quiénes afirman que son satélites artificiales de imponderable antigüedad, aunque no hay pruebas convincentes.

Andrómeda se quedó mirándolas un largo rato, fascinada, mientras la cabalgata proseguía en sentido contrario y la silla se tambaleaba peligrosamente. En el momento culminante cayó sobre su respaldo, mientras yo la sostenía por detrás y ella lograba aferrarse al tubo por donde estaba mirando que, gracias a Dios, era lo suficientemente fuerte para aguantarnos a los dos. Así, nos quedamos colgando como una pareja de monos a dos metros del suelo; mi cabeza hundida entre sus pechos y mis



manos agarrotadas en sus muslos, sostenido sólo por el enganche natural.

— ¡Estoy entre Deimos y Fobos! — gritó eufóricamente, sin dejar de mirar por el telescopio.

— Tratá de que dure la “conjunción” porque si no nos vamos al suelo —le dije volviendo a mi pronunciación vernácula, como siempre sucede en los grandes aprietos.

En ese instante oímos los pasos en la escalerilla, y yo salté al suelo como para caer de pie, sosteniéndola en mis brazos, y justo a tiempo para zambullirnos en el baño, no sin algunos magullones. Obviamente no alcanzamos a recoger las ropas, que quedaron dispersas por el suelo.

Con la premura, apenas si logré correr el cerrojo del panel que disimulaba la entrada, para que nadie pudiera abrirla desde afuera. Le hice señas de que guardara absoluto silencio, en tanto trataba de descubrir la identidad de los recién llegados. Pude distinguir la voz del Decano y las de tres profesores, dos de los cuales eran amigos míos. La tercera voz pertenecía a una vieja insoportable y chismosa, quien dizque enseñaba historia de la astronomía, pero en verdad distraía a los alumnos hablándoles de astrología y haciendo sus horóscopos. Como todo eso estaba muy de moda, incluso entre los jóvenes revolucionarios, y los estudiantes la querían porque no exigía exámenes ni trabajos, no era posible prescindir de sus dudosos servicios. Solía subir al observatorio, a completar sus cartas astrales, importunando a todo el mundo con sus preguntas sobre las posiciones de los astros. Estando ella, las cosas se complicaban, ya que no cesaría hasta descubrir lo que allí estaba pasando. Podría ser un gran bochorno. Sin

poder explicarle todo esto a Andrómeda todavía, so pena de que nos oyeran, la conminé a seguir guardando silencio y a no moverse, para poder escuchar mejor lo que ellos decían.

— ¿Qué significa esto? —cacareaba la vieja— De quién son estas ropas tiradas?

— Eso no tiene importancia, todo está en funcionamiento... —el Decano, cuya especialidad eran los sistemas lunares, se acercó al telescopio— y bien enfocado sobre Deimos y Fobos, lo cual nos ahorra tiempo.

— ¡Aquí han entrado intrusos! —la vieja sin duda había comenzado a juntar las ropas y a meter sus manos en los bolsillos, con el claro propósito de descubrir nuestra identidad. Desde donde estábamos se oía claramente el ruido de las llaves y monedas que ella arrojaba sobre el piso.

Andrómeda señaló hacia la cisterna, sobre la cual había dejado, (¡por suerte!), su bolso, indicándome así que nada había que temer por ese lado; ya que, como ella sabía por haberme sacado la ropa, yo no portaba documentos aquel día. El alivio duró poco porque Doña Calvario, que bien puesto tenía su nombre, empezó a golpear la pared donde estaba la pseudo puerta, que seguramente conocía. Nos quedamos tiesos y mudos, conteniendo incluso la respiración.

— ¡Yo sé que están ahí, salgan afuera! Las ropas los delatan, así como el negarse a abrir la puerta. Si no contestan llamaré a la policía.



— ¡No es para tanto, Doña Calvario! —el Decano perdió la paciencia—  
No se preocupe, yo me hago responsable de todo. ¡Ahora déjenos en paz!

Recién entonces la obstinada mujer abandonó el observatorio con evidente disgusto, como lo demostraba su furioso taconeo, pero no atinó a regresar. Aprovechando el ruido de sus pasos, y suponiendo que mis colegas estarían absortos en sus tareas, me decidí a entreabrir la puerta para ver si podíamos huir sin ser notados. Pero, para nuestra desgracia, la cerradura se había atrancado a causa de los feroces golpes de la vieja. No nos quedaba sino aguardar que los astrónomos concluyeran su trabajo para forcejear con más soltura, lo cual duró unas dos horas adicionales, al cabo de las cuales nuestros relojes marcaban las cuatro de la madrugada. Durante todo ese tiempo, aun suponiendo que mis colegas estarían absortos en sus tareas, no nos atrevimos a hablar en voz alta, por lo que la espera se hizo interminable; más aún ante la perspectiva de no poder abrir la puerta, en un sitio donde ya empezaba a escasear el aire. Pocos minutos antes de que ellos se fuesen, Andrómeda perdió toda su compostura, y con una voz casi inaudible me pidió que llamara a los profesores amigos para que nos ayudaran a salir de allí.

— ¿Y que nos vean así desnudos? —le contesté en el mismo tono—  
Además, piensa en el escándalo que se va a armar, imagínate los titulares de la prensa amarilla: “Profesor y estudiante extremista hallados en el observatorio del Parque Pedagógico, sin ropas ni prejuicios”. Tendría que abandonar el país...

Esto último no lo dije seriamente sino de modo jocoso, para aliviar la tensión; pero produjo el efecto contrario. Desconociendo ella el humor

negro de tras la sierra, se lo tomó en sentido literal, ya que había perdido la actitud altiva de antes y estaba en verdad atemorizada.

— Estás literalmente entre Deimos y Fobos... —susurré, un tanto maliciosamente— ahora compruebo que, a pesar de todo, llevas bien puesto tu nombre. Estás a merced del monstruo del miedo y el horror, y esperas la decidida acción masculina que pueda salvarte. ¡Oh bella Andrómeda, amarrada con las más fuertes e invisibles cuerdas, las de la desesperación, a la roca del destino!. O —Y me acerqué para enjugarle las primeras lágrimas que ya bordaban sus párpados. —No hace falta llamarlos —le dije en voz un poquito más alta, para que sonase más alentadora— pronto se irán, y para algo servirá el arma que llevas en tu cartera... —Sus ojos se iluminaron como si hubieran visto al ángel de la guarda.

— ¡Qué lesera, cómo pude olvidarme de ella!

Un rato después de que los tres hombres abandonaran el observatorio, apagando la llave de la luz, prendí el encendedor para que Andrómeda pudiera descerrajar la puerta de un certero balazo. Gracias al silenciador que siempre llevaba consigo, nadie escuchó el disparo, y conseguimos salir al recinto del observatorio. Allí buscamos inútilmente nuestras ropas, hasta caer en cuenta de que la vieja se las había llevado.

— ¡No creo que fuesen los profesores, tuvo que ser ella, la chucha de su madre! —rugió Andrómeda, otra vez al borde del colapso, pero recuperando la energía de su voz.



Volviendo a hacer de Perseo, si bien carente de su Pegaso, pude tranquilizarla un poco con algo que parecía una broma, pero que esta vez ella tomó en su sentido cabal.

— No te preocupes, si nos ve un policía le diremos que fuimos víctimas de una despedida de solteros...

Al verse otra vez libre en el jardín fue tal su contento, que me recompensó con un largo beso de alivio, y todo culminó con una nueva cabalgata, esta vez sobre el cómodo césped, que olía, como ella, al relente de la madrugada.